

MARÍA



LA PRIMERA CREYENTE

María es una mujer tan idealizada como desconocida. De María sabemos poco, muy poco. Aunque menos queremos saber cuando la imagen que nos presentan de ella está tan caramelizada, dulcificada, azucarada y “mielizada” que provoca diabetes con solo acercarse a ella. A veces nos da la impresión que sobre ella hay mucha literatura y poco realismo, poca contemplación serena. Nosotros no vamos a hacer de ella una “mujer guerrera” pues esto tampoco respondería a la realidad, pero sí queremos descubrirla como la mujer que fue, la primera creyente y especial “colaboradora” con los planes de Dios, una mujer de fe.

• IMAGEN DÚCTIL Y MALEABLE

A María le pasa como a muchos metales industriales, es dúctil y maleable. Su imagen, su apariencia se puede adecuar al público y a las circunstancias; no hay una única presentación posible de su figura y de su persona, pues como todos los personajes de la Antigüedad ella también se ve cubierta por el velo pesado de los siglos que la separan de nosotros. Sin embargo la fe, el mensaje evangélico, nos la hará de nuevo accesible y nos proporcionará nuevas informaciones sobre ella que trataremos de descubrir más adelante.



Por ahora baste con ser conscientes de que las imágenes nos hablan demasiado y, a veces, en lugar de esclarecer las figuras las deforman. Las imágenes de María no han sido iguales en XX siglos como podréis imaginar, ha habido una evolución que no dependía sólo de la técnica pictórica o escultórica sino también del tema que se quería desarrollar, de aquello que se buscaba destacar en ella: unas veces como mujer sufriente (la Piedad), otras como Madre de Dios (*Theotokos* en griego), otras como mujer que nos señala el camino (*Hodigitria* en griego), otras veces se la ha representado en distintas escenas de su vida (Anunciación, Nacimiento de Jesucristo en Belén, Huída a Egipto, Bodas de Caná, dormición de María, etc.), e incluso otras se ha buscado resaltar más la obra de Dios en su vida: es “la María del Magnificat”, la que da gracias a Dios por saberse afortunada y bendecida especialmente por él, la Asunción de María a los cielos, una María gloriosa como ciertamente la creemos.



Creo que esta última es la forma que más se destaca últimamente en las presentaciones modernas de María que nos ofrece el arte. Y aun presentándonos un mensaje cierto sobre María, su beatitud, su ser la Bienaventurada de Dios, me parece que no siempre se ha acertado en la plasmación. Por querer resaltar tanto su asimilación a Dios, su colaboración con sus planes al convertirse en el vientre fecundo que nos trajo al redentor, se ha olvidado demasiado su humanidad. Se la ha presentado con expresiones tan perfectas que no nos parecen reales, tan logradas que más bien son artificiales y que difícilmente transmiten a la

mujer judía del siglo I que por obra del Espíritu Santo, por obra de Dios, es la llena de gracia, la “feliz entre todas las mujeres” del evangelio. Por querer representarla como la mujer perfecta, esto es, completa, feliz, salvada, llena de Dios... muchas veces se ofrece de María una imagen con un rostro bobalicón, insulso o inexpresivo. Nada más lejos de la realidad de esta madre humana de Dios. Del mismo modo preferimos no entrar a analizar las posturas de las manos (siempre unidas en oración) y los rosarios que sorprendentemente cuelgan de ellas: ¡como si María se rezara a sí misma en lugar de a Dios!

• LO QUE SÍ PODEMOS SABER DE MIRYAM, QUE ASÍ SE LLAMABA¹

El Evangelio atestigua que María es la Madre de Jesús. Fue elegida por Dios para ser Madre de su Hijo. De ahí que la Iglesia la reconozca como Madre de Dios y como Madre nuestra. Sin embargo, el artículo del Credo “se encarnó de María, la Virgen” plantea grandes dificultades a muchos cristianos. Estas dificultades no se refieren únicamente a la virginidad de María, muy poco comprensible para muchos, cuando no del todo incomprensible, sino que, yendo más a la raíz, se refieren a la cuestión de por qué María tiene que aparecer en el Credo. Los cristianos evangélicos, sobre todo, temen que la veneración de María (sólo se “adora” a Jesucristo) pueda oscurecer la fe en Jesucristo, Mediador único entre Dios y los hombres. De hecho, no se puede discutir que han existido y existen exageraciones en la piedad hacia María. Pero también hay objeciones y suspicacias que olvidan que María es parte esencial del Credo de la Iglesia, porque es parte esencial del Evangelio, según el testimonio claro de la Sagrada Escritura. De esta idea bíblica de María hay que partir; en ella debe inspirarse constantemente la verdadera piedad hacia María y por ella ha de ser juzgada críticamente.



La Sagrada Escritura menciona a María principalmente por el hecho de que es la Madre de Jesús. El nombre hebreo de María es Miryam. Es una mujer sencilla, que junto con su pueblo espera la venida del redentor de la casa de David. En la hora del cumplimiento de esta venida pronuncia el sí de la fe, poniéndose así voluntariamente al servicio de la salvación y de la esperanza de su pueblo (cf. Lc 1, 38). Sin embargo, el testimonio del Nuevo Testamento sobre María no se limita a los relatos de la infancia de Jesús que hallamos sólo en Mateo y

Lucas. María aparece también a lo largo de la vida terrena de Jesús (cf. Mc 3, 20-21; Lc 11, 27-28; Jn 2, 1-12). En estos pasajes aparece como una persona que busca, que pregunta y que conoce el sufrimiento. También ella recorre el camino hacia la cruz junto al discípulo al que Jesús amó (cf. Jn 19, 25-27). Por este motivo se la venera como la Madre dolorosa. Finalmente, la encontramos una vez más en medio de la comunidad primitiva de Jerusalén orando por la venida del Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14).

María ocupa un lugar único en esta historia de la promesa, una historia llena de mujeres (Eva, Sara, Ana, Débora, Judit, Ester...). Ella llega cuando esta promesa llega a su cumplimiento. Nos sale al encuentro en la plenitud de los tiempos, cuando Dios envió a su Hijo, “nacido de mujer” (Gál 4, 4). María responde a esta misión con el sí de la fe (cf. Lc 1, 38). En este sentido es la verdadera hija de Abrahán, de la que puede decirse: *Dichosa la que ha creído* (Lc 1, 45). Por eso, en el anuncio del nacimiento de Jesús escucha las mismas palabras que en el Antiguo Testamento se dicen a todo Israel, la hija de Sión: *¡Alégrate!* (Lc 1, 28). *¡Regójate, hija de Sión! ¡Grita de júbilo, Israel! ¡Alégrate y gózate de todo corazón Jerusalén!* (Sof 3, 14; Jl 2, 23; Zac 9, 9). María es, pues, la hija de Sión, la *representante de Israel en la hora del cumplimiento de su esperanza*.

¹ Seguimos en este apartado el *Catecismo Católico para Adultos* de la Conferencia Episcopal Alemana, BAC, 179 ss.

• MODELO Y EJEMPLO HUMANO Y CRISTIANO



María es el gran modelo y ejemplo de la fe cristiana. Es modelo de esperanza, de entrega total por espíritu de fe, y de servicio por la fuerza del amor. Es ejemplo para el que oye la palabra de Dios y levanta a él su alma en oración. Guarda y conserva en su corazón lo que ha visto y oído de Dios (cf. Lc 2, 19.51). Arraigada en la fe, sin embargo, María sigue siendo una persona que pregunta y que busca, que no lo sabe todo. Es rica en dolores, Madre dolorosa, que a los pies de la cruz se une al sacrificio de su Hijo. Es, por encima de todo, la sierva pobre y humilde del Señor. En resumen,

María es el ejemplo de los hombres que se abren a Dios, de la comunidad de los creyentes, de la Iglesia.

En estas expresiones sobre María, comunes a católicos y protestantes, la Iglesia católica descubre un sólido fundamento bíblico de su veneración a María y de sus afirmaciones dogmáticas sobre ella. Estas no son simples añadidos caprichosos ni formulaciones aisladas basadas en un escaso fundamento bíblico, como podría parecer. En realidad, si se consideran las diversas afirmaciones neotestamentarias en el contexto global de la historia de la salvación, se comprende por qué la tradición de la Iglesia ha llamado a María prototipo, es decir, ejemplar de la Iglesia (cf. LG 53; 63). Por su fe y por su unión con Jesucristo, María es la imagen visible del ser humano redimido. Encarna de un modo único lo que significan la Iglesia y Cristo. Sin embargo, María no es sólo el modelo resplandeciente de la Iglesia; es también su ejemplo. Es anterior a la Iglesia y, sobre todo, la hace posible. Ella como Madre, congrega y sostiene a los creyentes, alienta su fe tantas veces débil y tímida.

• EL “FIAT” DE MARÍA

Las expresiones dogmáticas que recogen nuestra fe y que a continuación analizaremos no deben hacernos olvidar que únicamente Cristo es la salvación de todos los hombres. María, en realidad, es la sierva humilde. Ha sido redimida por Jesucristo como todos nosotros. Pero Dios en la acción redentora, quiere el sí libre de la criatura. El *fiat* (hágase en latín), el famoso “sí” de María, su *aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38), expresa todo un programa: Dios quiere establecer alianza con los hombres, entrar en diálogo con ellos y darles su compañía y amistad. Por tanto, la aceptación de la salvación por María, posibilitada por la gracia de Dios, es un momento esencial de la historia de la salvación. María y su sí pertenecen constitutivamente al conjunto de la historia salvífica. Sin María no puede mantenerse en pie el sentido íntegro de la fe en Cristo. Si se suprimiera a María del Evangelio, lo humano quedaría reducido a un simple disfraz de la acción y la palabra de Dios en la historia. En María, en cambio, queda salvada la dignidad de la criatura ante Dios. En ella se revela quién es Jesucristo y qué significa para nosotros como salvación y esperanza.



• UNA MUJER FIEL A DIOS

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado hijo de Dios (Lc 1, 35).



María es el resto santo de Israel, el verdadero Sión a donde se dirigen todas las miradas de la esperanza. En los estragos de la historia la esperanza recurre a ella porque ella es fiel en su respuesta a Dios durante toda su vida y ante sus ojos aparece como la llena de gracia (Lc 1, 28). Lo que sucederá en María será la nueva creación, Dios coloca un nuevo inicio en medio de la humanidad; su palabra se hace carne, *se hizo carne y acampó entre nosotros* (Jn 1, 14). Es por ello que la fidelidad de María - que ahora describiremos centrándonos en dos momentos decisivos- nos ayuda a exponer mejor la fidelidad de Cristo, su hijo e Hijo de Dios.

El Concilio Vaticano II trató extensamente de ella en el VIII capítulo de la Constitución *Lumen Gentium* reconociéndola igualmente como la Madre de Dios (recogiendo la doctrina del Concilio de Éfeso, 431 [DH 251]) e insertándola en el misterio de Cristo y de la Iglesia. María es ante todo una mujer y el Concilio no afirmará distintamente, si bien, goza de las especiales prerrogativas y de la dignidad de ser la Madre de Dios Hijo.

María, hija de Adán, aceptando la palabra divina fue hecha Madre de Jesús y abrazando la voluntad salvífica de Dios, con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención bajo Él y con Él, por la gracia de Dios omnipotente. Por ello los Santos Padres la estiman como una cooperadora a la salvación humana por la libre fe y obediencia (LG 56).

El papel de María en la salvación cristiana no deja de ser fundamental, su disponibilidad y fidelidad al plan divino nos trajo al redentor mismo; Lc 1, 38 significa esa aceptación de la palabra divina de la que habla el Concilio. Su mérito está en que siempre siendo “hija de Adán” supo vencer la naturaleza humana caída en cuanto se desposeyó y abrió a la acción de la gracia de Dios en ella. Su entrega generosa a Dios la hacen no mero instrumento pasivo sino también cooperadora activa a la salvación humana desde su humanidad dedicada a hacer la voluntad de Dios. Esta colaboración generosa con los planes de Dios que nos narran los evangelios –en sus distintos géneros- al hablar de la maternidad de María (Mc 6, 3; Mt 13, 55; Jn 6, 42; Lc 3, 23 y 4, 22) nos sitúa ante un primer momento significativo de la fidelidad de María. El otro momento que señalamos como clave para entender la figura de María y su compromiso con Dios lo encontramos en Jn 19, 26s, ella continúa aún al pie de la cruz fiel a Dios en el dolor de perder a su Hijo y seguramente con la sensación ya experimentada antes de no entender totalmente el misterio que se cernía sobre ella y en el que ella participaba (Lc 2, 50-51). De este modo la fidelidad de María traza un arco envolvente que recorre toda la vida de Cristo, desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz.



• 25 de marzo: La anunciación a la Virgen

El Hijo de Dios en persona, aquel que existe desde toda la eternidad, (...), imagen fidelísima, palabra y pensamiento del Padre, él mismo viene en ayuda de la criatura que es su imagen: por amor del hombre se hace hombre (...) asumiendo todo lo humano, excepto el pecado. Fue concebido en el seno de la Virgen, previamente purificada en su cuerpo y en su alma por el Espíritu (ya que convenía honrar el hecho de la generación, destacando al mismo tiempo la preeminencia de la virginidad); y así, siendo Dios, nació con la naturaleza humana que había asumido, y unió en su persona dos cosas entre sí contrarias, a saber, la carne y el espíritu, de las cuales una confirió la divinidad, la otra la recibió.
[Gregorio Nacianceno, Sermón 45]



De María se habla siempre en referencia al Misterio de Dios, en general, y más específicamente al Misterio de Dios hecho hombre en Jesucristo como hace Gregorio de Nacianzo; y esto es así ya que *único es nuestro mediador, Cristo Jesús*; pero la misión maternal de María a los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno la única mediación de Cristo, sino que sirve para explicitarla (LG 60). La cuestión de **la virginidad de María** -que ya aborda aquí el Nacianceno- debe ser profundizada para ser entendida, y es que la cuestión pareja de la filiación divina de Jesús no se apoya, según la fe eclesial, en que Jesús no hubiese tenido un padre humano; la doctrina del ser divino no se vería afectada porque Jesús hubiera nacido de un matrimonio humano normal. La filiación divina de la que habla la fe no es un hecho biológico sino ontológico². J. Ratzinger habla del frecuente mito del nacimiento milagroso del niño salvador y de cómo el mismo Antiguo Testamento refleja ya una serie de nacimientos milagrosos ocurridos en momentos decisivos de la historia de la salvación (Gn 18; 1 Sam 1-3; Jue 13). **El sentido que trasciende de estos relatos es siempre el mismo; la salvación del mundo no viene de los hombres ni de su propio poder, es un acto de pura gracia de la divinidad que sólo puede ser recibido como puro don** (Is 54, 1). Jesús supone un nuevo comienzo –nueva creación dirá Pablo- de la humanidad que no dependerá de la acción humana sino de la acción divina. La doctrina de la virginidad perpetua de María (*aeiparthenos*) debe ser abordada desde una conciencia clara de que existe una “jerarquía de verdades” (UR 11), diferentes grados de obligatoriedad en las reflexiones teológicas, y que además este tema nunca ha sido objeto de una definición oficial directa por parte de ningún concilio universal y ecuménico; aunque la cuestión aparece sólidamente fundamentada en la Escritura.



• 1 de enero: Madre de Dios

María es reconocida en Éfeso como la “engendradora” de Dios (*theotokos*), con ello se buscaba afirmar la verdadera y completa encarnación del Hijo de Dios frente a Nestorio que únicamente entendía a María como madre de Cristo y que separaba en él las dos naturalezas. La filiación divina no es un hecho biológico sino ontológico; no es un acontecimiento del tiempo sino de la eternidad de Dios: Dios es siempre Padre, Hijo y Espíritu; la concepción de

Jesús no significa que haya nacido un nuevo Dios-hijo, sino que es el Hijo de Dios el que se encarna humanamente entrando en la historia gracias a la colaboración de María, su Madre.

² J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 238-239.

• 8 de diciembre: la Inmaculada Concepción

Hasta aquí, el discurso teológico de que María es la engendradora de Dios y la madre que concibe virginalmente por virtud del Espíritu tiene una función cristológica y goza de una importancia permanente; sin embargo no ocurre lo mismo con la tradición doctrinal de que María fue “preservada de la mancha del pecado original”. Literalmente inmaculada significa “la sin manchita”, lo cual no quiere decir únicamente que fuera muy “relimpia”. La ausencia de pecado en María puede entenderse como otra formulación de su disposición creyente a ponerse al servicio de Dios. El discurso de la santidad sin pecado de María no es ante todo una afirmación a nivel ético, sino un testimonio creyente a favor de la posibilidad humana de abrirse por entero a la voluntad de Dios, a una alianza con él. Quizás la teología de Ireneo nos ilumine algo más este punto:

Porque era conveniente y justo que Adán fuese recapitulado en Cristo, a fin de que fuera abismado y sumergido lo que es mortal en la inmortalidad. Y que Eva fuese recapitulada en María, a fin de que una Virgen, venida a ser abogada de una virgen, deshiciera y destruyera la desobediencia virginal mediante la virginal obediencia. El pecado cometido a causa del árbol fue anulado por la obediencia cumplida en el árbol, obediencia a Dios por la cual el Hijo del hombre fue elevado en el árbol, aboliendo la ciencia del mal y aportando y regalando la ciencia del bien. El mal es desobedecer a Dios; el bien, en cambio, es obedecer. [Ireneo de Lyon, Demos. 33]

El paralelismo Adán-Cristo (ya anticipado en Pablo) y Eva-María no son un dato irrelevante a la hora de acercarnos a la teología de los padres de la Iglesia, y denotan una particular antropología que veía en ellos la nueva creación y especialmente en Cristo la salvación mesiánica realizada. Desde ahí se ha de entender que la obediencia o fidelidad de María destruya o repare la desobediencia o infidelidad de Eva, al igual que Cristo hará lo propio con el pecado de Adán en la suprema obediencia de la cruz que en breve abordaremos. La declaración doctrinal de 1854 hace hincapié explícitamente en que María fue preservada del pecado original “en atención a los méritos de Cristo Jesús” (DH, n.2803); es decir, no por ella misma. Por ello no se ha de confundir su persona con una “dimensión femenina” del Dios patriarcal ni tampoco representa el “rostro femenino de Dios” como algunos han sugerido³. Hemos de ver siempre a María como la mujer judía del s. I que fue y apreciar en ella a una persona completa, si bien, reconocemos al mismo tiempo los méritos de su fidelidad y entrega generosa a los planes de Dios le hacen ser –además– la llena de gracia (Lc 1,28) y la escogida por Dios para colaborar en su plan salvífico acogiendo en su seno al redentor de todos los hombres.



• 15 de agosto: María, asunta a los cielos

De igual manera que se santificaron por un acto divino los comienzos de la existencia humana de María, también lo estuvo su final temporal sobre la tierra. Es aquí donde hallamos la afirmación de la asunción de María a la gloria celestial en cuerpo y alma. Aunque ofrece no pocas dificultades a la teología actual, en especial a la escatología, debemos entenderla como el convencimiento creyente de la consumación escatológica de la persona de María, que es además esperanza para los creyentes. En realidad, *a María tan sólo podremos comprenderla, cuando la miremos dentro de la perspectiva de Cristo*⁴.

³ T. SCHNEIDER, *Manual de teología dogmática*, 797.

⁴ E. SCHILLEBEECKS, *María, madre de la redención*. Bases religiosas del misterio de María, Fax, Madrid 1969, 213.

Como nos ayuda a pensar Miguel Rubio, el dogma de la Asunción de María contiene una verdad simbólica, a cuya comprensión se accede no tanto por la vía de lo racional y consciente cuanto por la vía de lo simbólico e inconsciente. La verdad simbólica fundamental del dogma de la Asunción de María afirma que ella es en totalidad –en su vida y en su muerte, en su existencia histórica concreta y en el significado cristiano de la misma- fruto de la acción salvadora de Dios. La Asunción, en paralelo perfecto de contenido y de categorías de expresión con la Ascensión de Jesús, explicita que María ha sido tomada por la misma fuerza pascual que resucitó a Jesús de entre los muertos y le constituyó en “Señor”. María ha sido asumida totalmente en el acontecimiento de la resurrección de Cristo. Pero ha sido asumida como la “primera” cristiana. Lo que quiere decir que la verdad simbólica de la Asunción no tiene sólo un sentido particularizado y personal. Su Asunción en la dinámica de la resurrección es también símbolo de la Asunción a que está llamada toda la Iglesia, que en María experimenta la primicia de su glorificación total, de su renovación, de su recapitulación como nueva humanidad en Cristo, su Señor. La Asunción de María expresa que el Señor asume a su madre, y a través de ella a la Iglesia, en el evento glorioso y suprahistórico de su muerte y resurrección⁵. Vemos en María lo que nosotros anhelamos, entrevemos en ella lo que esperamos nosotros.

• LA QUE NO OCUPÓ EL ÚLTIMO LUGAR PARA DIOS

A María le pasa como al “amén” en nuestras oraciones, va siempre al final. Casi siempre en los documentos de la Iglesia, en las homilias, en las oraciones... se la deja para el final, ciertamente ella lo hubiera querido así; pues sabía que colaboraba al plan de Dios desde su pobreza. Sin embargo, María no ocupó el último lugar para Dios, pues ella es la elegida para encarnar la salvación del mundo que es Jesucristo por la acción del Espíritu. Dejarla en el último lugar puede convertirse en algo sistemático y monótono si no se le da un sentido y no se profundiza en su figura. No sólo mayo es el mes para creer en María, sino que ella es especial intercesora ante Dios cada día, a cada momento. Ella refleja bien el rostro materno de Dios que nos abraza y nos eleva en sus manos.



Desde su gran sencillez, María es una “mujer coraje” que no tuvo miedo en arriesgarse y servir. La humildad y la valentía de su fe creo que son los mejores dones de María que hoy nos estimulan y enseñan también a los cristianos jóvenes del s. XXI. Admiro su humildad de aceptar un “papel secundario” y sufrido en la salvación que nos trae Jesucristo y hacerlo sin rechistar; pero igualmente admirable me parece su coraje de aceptar un hijo que no sería “sólo suyo” y que tuvo que ver morir crucificado. Ella se nos revela hoy desde nuestra tradición cristiana como un modelo de fe, confianza y compromiso; un estímulo a contener a Jesucristo y comunicarlo como ella hizo. Anecdóticamente podríamos ver en ella el primer sagrario de la historia y el más bello de todos: una mujer, una madre para todos. La Madre de Dios es Madre de todos.

➤ PARA DIALOGAR EN GRUPO:

- ¿Qué lugar ha ocupado y ocupa María en tu fe?
- ¿Cómo valorarías las manifestaciones de fe y religiosidad popular marianas (procesiones, santuarios famosos: Lourdes, Fátima, El Rocío, Virgen de la Cabeza...)?

Víctor Chacón Huertas, CSsR

⁵ M. RUBIO, *María de Nazaret: mujer, creyente, signo*.